

de los datos del contexto, tanto literario como biográfico, social, histórico y artístico para tratar de llegar a la conclusión interpretativa más cercana a la intención con que el texto fue creado”. Su tono no puede eludirse: la lección está bien clara y no solo eso, ya que además queda perfectamente ejemplificada con sus propios trabajos que, por otro lado, a más de uno nos alumbraron en muchas fases de nuestras lecturas e investigaciones. Así, este libro no puede ser uno más de entre la amplia nómina de textos publicados, es algo más: aporta la claridad exegética

que un joven investigador necesita ver y cotejar para completar su formación como tal. A los más avanzados también les devuelve parte de un magisterio, de manera concentrada y accesible; y al resto, pues abre, como siempre, un ancho sendero hacia lo que realmente importa: la lectura de poesía, el conocimiento de lo que la rodea y la motivación por querer comprender toda su fascinante complejidad de fondo.

SERGIO ARLANDIS
(UNIVERSITAT DE VALÈNCIA)

2. LITERATURAS LATINOAMERICANAS: HISTORIA Y CRÍTICA

Joaquín Bolaños: *La portentosa Vida de la Muerte*. Edición de Trinidad Barrera con la colaboración de Jaime J. Martínez. Madrid / Frankfurt a. M.: Iberoamericana / Vervuert 2015 (Biblioteca Indiana, 41) 286 páginas.

La edición de la famosa obra de Bolaños ha sido precedida por un simposio en la Facultad de Letras de la Universidad de Sevilla, organizado por Trinidad Barrera, catedrática de Literatura Hispanoamericana, dedicado a “Dos obras singulares de la prosa novohispana” (título con el cual se han reunido varias ponencias en *Cuadernos de América sin nombre*, nº 36, Alicante, 2015), o sea, a *Los sirgueros de la Virgen sin original pecado*, de Francisco Bramón, y *La portentosa Vida de la Muerte*, de Joaquín Bolaños. Entretanto iba cuajando el proyecto de la profesora Barrera de la edición completa de la obra

de Bolaños mencionada, que es el volumen del cual aquí doy noticia.

Quien fuera el autor de *La portentosa* se deduce de las escasas noticias que tenemos acerca de él: fue un fraile mexicano de la Orden de San Francisco, que en 1792 publicó su obra dedicada a la persistente *Vida de la Muerte* frente al límite humano. Como escribe Barrera, el propósito del autor en su obra es divertir al lector con una serie de mezclas entre lo serio y el humor, lo bueno y lo malo, “apelando también a su curiosidad y dejando a su libre albedrío, el seguir la lectura o abandonarla si le aburre”: un juego, entre jocoso y satírico, que es “lo que le acerca más al concepto barroco (p. 16).

No es la primera vez que se edita la obra de Bolaños, después de la original de 1792 (México: Imprenta de J. Jáuregui). Recordaremos una edición parcial realizada por Agustín Yáñez, junto con *Los sirgueros de la*

Virgen (México: UNAM, 1944), la facsímil mexicana de 1983 y la preciosa edición crítica de Blanca López Mariscal (México: El Colegio de México, 1992). Es una fortuna singular para una obra de título, digamos, escalofriante, provista de 18 láminas inquietantes, representando a la Muerte, lo que más debería alejar al lector, en lugar de despertar su curiosidad.

Texto, al contrario, rico e interesante en sus cuarenta capítulos, correspondientes a los cuarenta días de la Cuaresma, donde trata Bolaños de una Muerte, en la interpretación de la estudiosa de la presente edición, “plena de matices” y que “arrastra toda una simbología que se remonta a la Edad Media y llega hasta el momento en que Bolaños redacta su aviso moralizante. Una pieza más en la entronización e importancia del tema de la muerte para el pueblo mexicano”.

Un pueblo en sentido general, se entiende, puesto que el pueblo ni siquiera sabe, probablemente, de la existencia de la obra de Bolaños, aunque sí conoce directamente la recurrente tragedia de la muerte.

Anteriormente, salvo Blanca López de Mariscal, la obra del franciscano no había gozado de favor de parte de la crítica. Quien más había demolido *La portentosa* había sido Agustín Yáñez presentando, en el libro antes citado, una breve selección de textos; afirmaba el crítico que el interés que despertaban el título y los grabados, “concentrados hacia el valor literario, pronto se desvanecen, porque lo esperado con aquellas prendas, no corresponde al contenido de la obra” (p. XIX), y “El afán de predicación destruye las últimas posibilidades que pudiera tener la conducción del asunto en planos semejantes a los de una novela” (p. XXI).

La opinión de Trinidad Barrera es, fundamentalmente, otra; ella considera un “juicio apresurado” el del crítico mexicano, puesto que “ignora las circunstancias de la obra y [...] la juzga con criterios que necesitan ser revisados” (pp. 9-10), y sobre todo bajo la influencia negativa de anteriores juicios de personalidades afirmadas de la cultura mexicana. Con seriedad de auténtica investigadora la profesora sevillana se atiene a la edición príncipe de la Universidad de Texas en Austin, para establecer su texto de *La portentosa*, cuestionando, para empezar, el sector de los grabados, que atribuye a Francisco Agüera Bustamante, de quien da noticia José Toribio Medina en su texto *La imprenta en México*, para luego examinar la novela de Bolaños cuya finalidad abiertamente declarada es didáctico-doctrinal y donde la historia de la Muerte, de la cuna a la sepultura, representa un “recorrido vital, como si de cualquier mortal se tratase, con un personaje cuyo actos son tantos y dilatados que resultan imposibles de abarcar en las dimensiones del libro”, y por eso la Muerte “es retratada parcialmente”, por momentos de su actuación, desde la antigüedad hasta el siglo de Bolaños, con la finalidad de avisar y divertir (p. 16). Lo que invita transparentemente, de parte de la estudiosa que cuida esta nueva edición de *La portentosa Vida de la Muerte*, a dejar a un lado prejuicios para emprender una nueva lectura del libro.

¿Vale la pena? Ciertamente que vale y se constatará la belleza no solo de la invención constante del autor, sino de un estilo que hace agradable la lectura y crea momentos maravillosos, como el del paraíso terrenal donde reside Adán antes del pecado, o el ampliamente conocido epi-

sodio del médico abastecedor de la Muerte, que nos lleva al recuerdo de Quevedo y de Del Valle y Caviedes en su sátira contra los mortíferos galenos, aquí denunciados con una gracia extraordinaria.

La profusión de notas al pie de página aclara palabras y referencias, facilitando la comprensión del texto, por otra parte siempre atractivo, propio de un fino dominador del castellano en sus varios matices.

Al final de *La portentosa*, va el ensayo de Gema Areta Marigó sobre “Propaganda Fide: memoria de la muerte” y la inserción de la obra de Bolaños dentro de la extensa bibliografía franciscana “sobre teoría y prácticas misionales”, que en México se remonta a Olmos, Motolinía, Sahagún y otros nombres más. La estudiosa investiga con competencia en la historia de la institución en México y reconstruye positivamente la vida religiosa y las dignidades en ella recubiertas por Joaquín Bolaños, sacando útilmente su figura de la nebulosidad en la que hasta ahora había quedado.

GIUSEPPE BELLINI †

(UNIVERSITÀ DEGLI STUDI DI MILANO)

Roland Spiller (ed.): *Borges-Buenos Aires: configuraciones de la ciudad del siglo XIX al XXI*. Madrid / Frankfurt a. M.: Iberoamericana / Vervuert 2014. (Estudios Latinoamericanos de Erlangen, vol. 52). 248 páginas.

Borges y Buenos Aires son síntesis y contraste al mismo tiempo. La relación del escritor con su ciudad se suele leer como dicotomía que ha sido y sigue siendo constituyente para la obra del argenti-

no, aunque sabemos bien que la simpatía que revelan sus libros tempranos hacia la ciudad de las orillas se convirtió en proyección laberíntica, cargada de ambivalencias, en los libros más tardíos. Más allá aún, Buenos Aires tiene en Borges otro simbolismo, como resume Annick Louis en su artículo “La ciudad como objeto. Borges y Buenos Aires”. Según ella, es “el eslabón esencial de transformación de Buenos Aires en espacio literario en la cultura argentina” (p. 29). Concluye que “no consideramos la ciudad como un tema en Borges, sino como un *procedimiento*” (p. 29). La capital argentina siempre ha sido algo más que mera topología literaria, es todo un horizonte cultural de la obra borgiana, su precondition necesaria y clave esencial para leer los poemas, ensayos y cuentos, sobre todo del joven escritor vanguardista. Hay que leer los textos del tomo aquí reseñado igualmente bajo la visión de *procedimiento*, aludida por Louis, ya que ofrecen una gama amplia de posibles semánticas de la Buenos Aires de Borges que van desde el siglo XIX hasta la ciudad actual y posborgiana.

No todos los artículos, que en su mayoría se ubican alrededor de un núcleo temático acerca de los términos urbanización, imaginación literaria y modernidad, tratan directamente aspectos de la obra borgiana, en la cual Buenos Aires es tantas veces el imaginario poético por excelencia. Algunos tematizan más bien aspectos urbanos de la ciudad antes y después de Borges, homónima de la sociedad y cultura argentina. Así, por ejemplo, los artículos de Sabine Schlickers, “De la gran aldea a la metrópolis: imágenes literarias de Buenos Aires en el tardío siglo XIX”, y de Alicia Montes sobre “Cartogra-

fías de Buenos Aires en la crónica urbana contemporánea”. Borges y su literatura, más que objeto de estudio, son punto de referencia en estos textos.

Hay algunas contribuciones que tematizan Buenos Aires en la obra de Borges (por ejemplo, el texto de Matei Chiaia sobre “La ciudad aumentada: cinematógrafo y verosimilitud en El Aleph”), Borges y Buenos Aires en la obra de terceros (por ejemplo en “Un homenaje a Buenos Aires: *Ronda Nocturna* de Edgardo Cozarinsky”, de Dieter Ingenschay) y Buenos Aires vista desde el simbolismo borgiano, como lo hace Gisela Heffes en “Del suburbio a la villa miseria: una lectura de los itinerarios (e imaginarios) urbanos a partir de Borges”. Tampoco falta la ficción sobre Borges, como el cuento “El testigo” de Sergio Chejfec, y el artículo de Roland Spiller dedicado a este. Vale decir que se observa una gran diversidad, por no decir heterogeneidad, de los aspectos y modos de acercamiento críticos a la obra borgiana. Este hecho refleja la voluntad de los autores de estar a la altura de una interpretación que no se agota en aspectos ya demasiado conocidos, sino que deja espacio para posibles nuevas lecturas de un Borges aún por descubrir: heterogéneo, multimediático, futuro.

Es por eso que analizaré, en lo que sigue y de manera paradigmática, dos artículos que son un eco de las formas actuales de leer a Borges hoy. Se trata de “Entre Benarés y Buenos Aires: el yo lírico como *flâneur* mundial en *Fervor de Buenos Aires* de Jorge Luis Borges”, de Verena Dolle, y “Borges en la universidad argentina de la posdictadura. Apuntes para una cartografía”, de Analía Gerbaudo. El texto de Dolle analiza el poema “Benarés” y re-

presenta la corriente de reconsideración de la obra primeriza de Borges que hasta hoy sigue siendo fuente de inspiración para nuevas interpretaciones. El artículo de Gerbaudo se dedica a la lectura y enseñanza de la teoría literaria –léase renovación teórico-disciplinar– en los años de la posdictadura, cuyo final se data en 2003, en la universidad argentina, entiéndase la Universidad de Buenos Aires (UBA). Desde esta perspectiva, el texto desarrolla sobre todo cómo Beatriz Sarlo, la catedrática de la UBA y crítica borgiana más importante de estos años, ha podido encaminar, a partir de sus clases, las tesis centrales sobre el “Borges de las orillas”.

El poema “Benarés”, analizado por Dolle, forma parte del primer poemario de Borges, *Fervor de Buenos Aires* (1923). El título dirige el espacio del poema: Benarés (o Varanasi), la ciudad india a orillas del río Ganges, fue y es centro religioso, sobre todo del hinduismo, además de ser ciudad sagrada y centro de peregrinación. Con una observación lúcida sostiene Dolle que este poema no ha sido lo suficientemente considerado por la crítica, supuestamente por tratarse de un “lugar excéntrico” (p. 73) que no entra fácilmente en el esquema de la poesía del joven Borges criollista. Como suele ser el caso con este escritor argentino, el poema ha sufrido variantes textuales durante los años. Dolle, que en el marco de su texto contrapone dos versiones del poema en una tabla (la original de 1923 y la de las *Obras Completas* de 2009), se centra en el análisis del poema original. Lo considera, dado su objeto poético, como “sumamente extraño, extraordinario, fuera de lugar” (p. 73) en un poemario que en primer lugar pretende cantar las bellezas de Buenos

Aires con esa mirada historizante típica del primer Borges.

“Benarés” no solo realiza un movimiento espacial (Buenos Aires es sustituida por la ciudad india), sino también un desplazamiento simbólico, porque considera que el poema construye una ciudad imaginada, Buenos Aires, a través de otra, Benarés. Hay referentes extratextuales que indican Benarés como lugar, por ejemplo “la voz del almuédano”, pero es la imaginación poética la que hace entender al lector que el yo lírico habla de Buenos Aires (“la urbe imaginada”). Estamos aquí, además, en pleno centro de un típico juego borgiano: Benarés se puede leer como cruce léxico de BuENos AiRES. Parece lógica, por tanto, la conclusión de Dolle de que “Benarés” sirve como prisma para matizar Buenos Aires simbólicamente.

En el centro del análisis de Dolle está la concepción espacial del texto. Por parte de la poca crítica que hay sobre este poema, “Benarés” ha sido interpretado como adelanto del tema exótico y oriental en Borges (p. 74). Los que siguen esta interpretación descubren en el poema una “concepción del espacio como *paradoxon*” (p. 74) que anticipa la idea espacial expuesta mucho más tarde en el cuento “El Aleph” (p. 74). Dolle, sin embargo, se inclina más hacia la lectura prismática y la concepción borgiana de la ciudad-texto de la época.

Es por eso que el lector atento hubiera esperado una discusión acerca de los motivos por los que Borges eligió como objeto poético la ciudad de Benarés en medio de su fase criollista-vanguardista-porteña. Es más, uno de los poemas de *Luna de enfrente* (1925) se titula “Apuntamiento de Dakar”, otra ciudad fuera de la órbita

hispanoamericana y que da lugar a una posible interpretación complementaria. En cuanto a Benarés, Dolle insinúa aquí los nexos de Borges con el escritor británico nacido en India Rudyard Kipling, pero queda en la mera superficie de un examen del intertexto. “Apuntamiento de Dakar” no va más allá de la mera mención. Sería interesante leer estos dos textos en conjunto, porque la desvinculación espacial, el salto de continentes y culturas, y la yuxtaposición de símbolos sumamente heterogéneos parecen inscribirse en el concepto de modernidad periférica de Sarlo. Basta, además, mencionar el poema “Fiesta en Dakar” de Oliverio Girondo, publicado en 1922 en *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*, para sospechar que los dos poemas de Borges forman parte de un diálogo más amplio con Girondo y tal vez con otros textos de la vanguardia argentina aún por descubrir.

La vanguardia también está en el centro de la obra de Beatriz Sarlo. *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930* reza el título de su libro de 1988, cuyas tesis luego expandió en *Jorge Luis Borges, a Writer on the Edge* (1993). Estos dos títulos sirven, entre otros y de forma paradigmática, a Analía Gerbaudo para desarrollar en su artículo el camino que ha tomado la enseñanza universitaria en Argentina en los años de la posdictadura, cuyo final se data en 2003, cuando las leyes de Obediencia Debida y Punto Final se declararon nulas.

El artículo da a conocer la transición de la “universidad de las catacumbas”, es decir, la enseñanza clandestina de profesores como Josefina Ludmer, Ricardo Piglia, Eduardo Romano, Carlos Altamirano, Nicolás Rosa y la misma Beatriz

Sarlo, a la universidad posdictatorial y democrática. Gerbaudo se focaliza en la Universidad de Buenos Aires, por ser la institución en la que con más rapidez tiene lugar la renovación teórico-disciplinar (p. 93), y más concretamente en la cátedra de Literatura Argentina II, porque es en este departamento en el que se desarrolla más detenidamente la relación de Borges con la ciudad de Buenos Aires: la catedrática Beatriz Sarlo fue quien, como sabemos, situó a Borges desde una perspectiva sociológica en el marco de la vanguardia porteña y con ello le liberó de las interpretaciones estructuralistas y poses-structuralistas para leerlo en un contexto cultural concreto.

Dado que son bien conocidas las tesis de Sarlo (y también su inclinación hacia los modelos literarios de Carl Schorske, Marshall Berman, Edward Said y Raymond Williams), tiene sentido limitarse aquí a los aspectos más novedosos del artículo de Gerbaudo. Son sobre todo dos los factores que habría que subrayar. Por un lado, cabe destacar que la renovación de la interpretación de Borges por Sarlo es el resultado de un diálogo intenso con los estudiantes de la UBA. Dice Sarlo en una entrevista en 2009, citada por Gerbaudo: “Los alumnos que venían de la dictadura sentían las clases de la universidad de la democracia como una conquista y nosotros, la obligación de darles lo mejor: la literatura que leíamos, la teoría que importábamos [...]” (p. 97).

Quiere decir que los resultados formulados por Sarlo en sus libros son el resultado de un intercambio intenso con los alumnos; en otras palabras, las intervenciones críticas de los jóvenes investigadores han pulido los resultados que ella ha

venido preparando desde la universidad clandestina. Parece nimia la observación, pero debemos entonces al diálogo con los estudiantes argentinos algunas de las mejores páginas sobre Borges. El diálogo con los jóvenes se convirtió en práctica intelectual y en la base simpática del trabajo crítico de Sarlo. El segundo factor a mencionar es la nueva libertad intelectual que entra con la interpretación de Borges por Sarlo; la incorporación de los saberes “clandestinos” a las nuevas posibilidades intelectuales. En palabras de Gerbaudo: “La importancia del programa en la acción intelectual que se busca promover es explícita. Otra forma de defender el espacio recuperado después de tantos años de clandestinidad [...]” (p. 98).

El Borges enseñado por Sarlo es, en consecuencia, el resultado tanto de un cambio cultural democrático como de impulsos generacionales. Esta práctica intelectual nos ha hecho ver, en su momento, un Borges que sigue generando nuevas interpretaciones.

REGINA SAMSON
(UNIVERSITÄT BREMEN)

Brigitte Adriaensen / Meike Botterweg / Maarten Steenmeijer / Lies Wijnterp (eds.): *Una profunda necesidad en la ficción contemporánea: la recepción de Borges en la república mundial de las letras*. Madrid / Frankfurt a. M.: Iberoamericana / Vervuert 2015 (Ediciones de Iberoamericana, 76). 247 páginas.

El Simposio Internacional “Una profunda necesidad en la ficción contemporánea: la recepción de Borges en la república mun-

dial de las letras” tuvo lugar en Nimega, Holanda, los días 20 y 21 de octubre de 2011. Ese encuentro académico se llevó a cabo como parte del proyecto de investigación del mismo nombre, financiado por el departamento de Estudios Hispánicos de la Radboud Universiteit. Uno de los intereses primordiales del proyecto es indagar, desde la perspectiva comparativa, sobre la primera recepción de Borges en varias naciones europeas y en los Estados Unidos.

Probablemente, Jorge Luis Borges sea uno de los escritores del siglo xx que mejor permitirían ilustrar las ideas planteadas por Pascale Casanova en *La república mundial de las letras* (1999): las traducciones de Néstor Ibarra al francés en la década de 1940 (y la franca desnacionalización con la que se encargó de presentarlo: “Hispano-Anglo-Portugais d’origine, élevé en Suisse, fixé depuis longtemps à Buenos Aires où il naquit en 1899, personne n’a moins de patrie que Jorge Luis Borges”); la promoción realizada por Roger Caillois en Éditions Gallimard durante los años de 1950; el otorgamiento del Premio Formentor en 1961 por parte de los principales editores de Europa; la edición que se le dedicó en L’Herne en 1964; las célebres líneas inaugurales de *Les mots et les choses* (1966) de Michel Foucault...

El volumen *Una profunda necesidad en la ficción contemporánea: la recepción de Borges en la república mundial de las letras* incluye una introducción de los editores y trece estudios, divididos en tres secciones. Algunos de los ensayos llevan la firma de connotados especialistas en la obra borgeana a nivel internacional.

La primera de las secciones se llama “Borges y las repúblicas de las letras”. Los

dos trabajos iniciales (“Borges después de Borges” de Beatriz Sarlo y “Pensar en Borges, pensar con Borges: 1960-2011” de Nora Catelli) plantean un problema fundamental para la tradición literaria argentina (¿y latinoamericana?, ¿y occidental?): ¿es posible escribir después de Borges?, ¿cómo hacerlo?, ¿a partir de qué presupuestos? Por supuesto, estas ni son cuestiones novedosas ni pueden ser respondidas de una vez y para siempre. A las soluciones ofrecidas aquí por Sarlo y Catelli, yo recomendaría como un complemento notable la brindada por Josefina Ludmer en “¿Cómo salir de Borges?”¹.

La primera sección se completa con tres ensayos: “Recepción inaugural de *Fervor de Buenos Aires* en Francia y España”, de Antonio Cajero Vázquez; “Crear a Borges: los importadores de la obra de Borges en Francia y Estados Unidos”, de Lies Wijnterp; y “Usos críticos de Borges en el campo intelectual francés (de Blanchot a Foucault)”, de Max Hidalgo Nácher. En estos textos se revisan y comentan de manera detallada ediciones, traducciones, mediadores, reseñas, homenajes, premios, etc. Para mí, uno de los trabajos más reveladores es el de Hidalgo Nácher. Todos recordamos la carcajada con la que comienza *Les mots et les choses* y la consagración internacional de la figura del argentino a partir de ella. Sin embargo, Hidalgo Nácher examina lo que hay detrás de ese aparente ataque de risa: no la hilaridad incontrolable de una mera experiencia subjetiva; sí razones epistemológicas y de tipo estructural que ven-

¹ En Annick Louis *et al.* (coords.): *Jorge Luis Borges: intervenciones sobre pensamiento y literatura*. Madrid: Paidós, 2000.

drían a oponer, en primer lugar, a Maurice Blanchot y a Gérard Genette. Y otros personajes detrás del desternillamiento foucaultiano serían Sartre, Barthes, Robbe-Grillet y Bataille (por no hablar de Sade, Lautréamont y Baudelaire). Así, a partir de la enciclopedia china borgeana, “Foucault retoma las tesis literarias de Blanchot y las lanza contra Genette: a una *utopía literaria* que había encontrado forma pero aún no nombre, Foucault opone la construcción de una *heterotopía*”.

La segunda sección de *Una profunda necesidad en la ficción contemporánea* es “Lecturas disidentes”. Son cuatro los ensayos incluidos: “Una misteriosa colaboración: Borges y sus lectores”, de Daniel Balderston; “Otro mapa posible de Orbis Tertius: Borges, Sebald y los viajes de clásicos en traducción”, de Sergio Waisman; “¿Qué tiene un nombre? Borges y la traducción de *The Wild Palms*”, de Leah Leone; y “El Borges vedado, o ‘That’s No Way to Read Borges’”, de Edna Aizenberg. Sin restar valor a la lucidez y a las aportaciones de los otros estudios, por cuestiones de espacio solo podré detenerme en este último. Aizenberg comienza su exposición recordando una anécdota. En un coloquio durante la década de 1980, presentó una comunicación donde sugería que, para comprender la producción y la recepción de las ficciones borgeanas (las de los años cuarenta, digamos), era fundamental no perder de vista “la dinámica de los eventos mundiales, [...] la postura político-cultural de *Sur* dentro del campo intelectual antinacionalista, [...] la naturaleza intertextual de *Sur* como conjunto de varios géneros [...]”. Y aunque estos principios de análisis hoy pueden ser moneda corriente, la respuesta de una de las

colegas más reconocidas de ese momento fue de reconvencción: “That’s *no way* to read Borges”. Desde luego, de acuerdo con la(s) corriente(s) de exégesis predominante(s), la frase podría aplicarse en periodos específicos. No obstante —y con esto iniciaría de verdad la presentación Aizenberg—, “Nunca existe ‘the right way to read Borges’, pero siempre existen (y seguramente existirán) intentos de imposición”. Los comentarios de la especialista se centran en dos de los Borges “vedados” del día de hoy: el de ser un escritor “no nacional” (ajeno a lo argentino, casi antiargentino); y el de su “postulación de la realidad” (o, como lo definió Daniel Balderston hace ya veinte años, “¿fuera de contexto?”). De forma inquietante, al final de su texto Aizenberg señala dos Borges “vedados” que aparentemente se vislumbran en el horizonte: el hebraísta y el comentado por la hermenéutica a favor de una nueva crítica genética.

La tercera sección del libro, con los cuatro textos finales, se titula “La herencia Borges”: “Carlos Fuentes, autor de ‘El Aleph’: la recepción crítica y creativa de Borges en los ensayos de Carlos Fuentes”, de Reindert Dhondt; “De la crítica a la ficción: Michel Lafon y Pierre Menard”, de Camilo Begoya; “Figuraciones borgeanas en dos dramaturgias de circulación internacional: *Borges* de Rodrigo García y *La estupidez* de Rafael Spregelburd”, de Lucas Rimoldi; y “Epílogo: (re)Visiones de Borges, o ‘El Aleph’ como Greatest Hits”, de Rodrigo Fresán. El ensayo que me resultó más aleccionador fue el de Rimoldi. Desde hace poco más de una década, he procurado mantenerme informado de las principales novedades en torno a la obra del genio sudamericano. Sin embar-

go, no son numerosas las investigaciones sobre la relación de los dramaturgos con la obra o con las ideas de Borges. Rimoldi nos pone al corriente no solo con el comentario de las dos puestas en escena mencionadas en el título, sino de otras que serán una referencia de interés para los especialistas.

Creo haber destacado de manera suficiente las diversas cualidades del volumen *Una profunda necesidad en la ficción contemporánea: la recepción de Borges en la república mundial de las letras*. Hay una más que debe subrayarse de este excelente libro. Si bien las tesis de Pascale Casanova son el punto de partida de los ensayos, no necesariamente son el punto de llegada: es conveniente y digno de destacarse que en varias páginas se cuestione—desde hace tiempo lo ha venido haciendo Ignacio Sánchez Prado, por ejemplo— la idea de París (o de Nueva York, en la actualidad) como capital de una república mundial de las letras.

DANIEL ZAVALA MEDINA

(UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN LUIS
POTOSÍ)

Diana Moro: *Sergio Ramírez, Rubén Darío y la literatura nicaragüense*. Raleigh: A Contracorriente 2015. 335 páginas.

Existen muy pocas discusiones sobre el legado de Rubén Darío. Su obra integra, desde hace años, el canon poético de la modernidad y es usual que su nombre se destaque en las antologías y manuales modernistas. Este enfoque celebratorio no es el que origina este libro, a pesar de que su publicación coincidió con los múl-

tiples homenajes por el primer centenario del fallecimiento del poeta nicaragüense en 1916.

El libro de Diana Moro es disruptivo y profundamente original. A diferencia de la gran cantidad de estudios que analizan la universalidad del clásico, la autora se plantea leer a Darío en el proceso de formación de la literatura nicaragüense. Intenta develar los procedimientos por los cuales un poeta errante, que solo vivió en Nicaragua en su niñez y primera juventud, devino un símbolo cada vez más potente de una literatura nacional. No busca al Darío audaz y cosmopolita, sino a los proyectos culturales que, en la intrincada historia del siglo xx e inicios del XXI, se disputaron su legitimidad consagratoria y convocaron su figura en pos de objetivos tan disímiles como sorprendentes. Identifica cuatro momentos en este periplo singular: la monumentalización que siguió a su muerte; los distanciamientos vanguardistas de los años veinte y treinta; las oscuras estrategias de incorporación al régimen somocista en la década del cuarenta y, años más tarde, su reconfiguración antimperialista en el período revolucionario.

En este amplio espectro temporal, ideológico y literario, la autora compulsa los indicios de apropiación del legado dariano y encuentra un punto culminante en el proyecto literario de Sergio Ramírez, uno de los artífices del posicionamiento del modernista como epítome de la literatura nacional. La investigación se articula en tres partes subdivididas en diez capítulos. En la primera, se aborda la construcción histórica de la figura de Rubén Darío en tanto lugar de la memoria. La segunda parte se concentra en la autofiguración de Ramírez en los textos previos a su actua-

ción en el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) y la tercera sección enfoca los textos publicados después de la experiencia revolucionaria (1979-1990).

El libro avanza, con una prosa ágil y respaldada en un encomiable trabajo de documentación, desde la exhibición anecdótica del cerebro de Darío en su León natal hasta los manuales que en 1941, centenario de su nacimiento, equipararon al poeta con el dictador Anastasio Somoza García. La autora enmarca ese desvío en las luchas por la legitimación de un poder espurio entre distintas facciones que disputan para sí la imagen consagratoria de la obra dariana y que no dudan en fragmentarla o en exagerar su halo religioso con el fin de acercarla a sus intereses. La peculiaridad de este proceso se potencia con la constatación de la perdurabilidad de operaciones discursivas muy similares en homenajes recientes. Esta recurrencia a ejemplos actuales es un acierto metodológico que sostiene muchos de los argumentos esgrimidos en el libro y ofrece una perspectiva de sumo interés para quien centre su atención en las estrategias de formación de los archivos culturales del presente.

El segundo capítulo, dedicado a las apropiaciones de las poéticas vanguardistas, plantea un provocativo contrapunto ideológico con el anterior, aunque muestra, también, la complejidad y las paradojas que configuraron una imagen nicaragüense de la poesía dariana desde los manifiestos contestatarios de la década de 1920 hasta los epígonos nucleados en la revista *El pez y la serpiente* en la década del sesenta: José Coronel Urtecho, Pablo Antonio Cuadra y tantos otros. El tercer capítulo se centra en un antecedente muy

relevante para la entronización posterior de Rubén Darío como poeta revolucionario. En 1967, Casa de las Américas realiza en La Habana un homenaje por el centenario del nacimiento de Darío y, en esa ocasión, algunos de los más connotados intelectuales del momento ensalzan sus virtudes políticas y lo ubican como un precursor firme de los afanes antiestadounidenses. Esta operación discursiva se transforma, pocos años después, en una clave augural de la inclusión del poeta en el parnaso de la Revolución Sandinista.

A esta última apropiación de la figura dariana está dedicado el resto del libro, ya que los capítulos precedentes sirven como marco para una comprensión más acabada del proceso cultural y literario que, durante la revolución, apela a la figura del poeta como matriz de religue y disputa sobre el archivo cultural de la nación en ciernes. Ante el imperativo político de fundar y consolidar una literatura moderna, la figura de Darío adquiere un renovado estatuto en esos años y la obra narrativa y ensayística de Sergio Ramírez, vicepresidente desde el triunfo de la insurrección en 1979 hasta el momento en que el FSLN pierde las elecciones en 1990, presenta una configuración literaria de las tensiones culturales y políticas del período. En esa dirección, el capítulo cuarto aborda la figura del poeta modernista en dos novelas de Ramírez: *Margarita está linda la mar* (1998) y *Mil y una muertes* (2005).

Las dos partes siguientes están centradas por entero en su obra. En la segunda, se reconstruye la formación intelectual del nicaragüense a partir de algunos textos publicados en los inicios de su carrera y, en parte, recuperados por el autor en los úl-

timos años. El capítulo quinto se detiene, en especial, en ensayos como “Balcanes y volcanes” (1973) y el sexto está dedicado a la construcción de un lenguaje literario en un corpus de cuentos de sumo interés. En este y, en otros pasajes del libro, la autora conjuga el análisis riguroso con un abanico de referencias teóricas y documentales que otorgan una loable profundidad al abordaje de los textos. El capítulo séptimo, en torno a la novela *Castigo divino* (1988) y los juegos del archivo, es una muestra ejemplar de este tipo de acercamiento crítico que culmina en la tercera y última parte. Allí se analiza, en tres capítulos consecutivos, el funcionamiento de la versátil figura de Darío en la construcción de un relato sobre la historia y la memoria de la revolución. La autora profundiza el análisis de dos novelas a las que se refirió en la primera sección —*Margarita está linda la mar* y *Mil y una muertes*— y agrega un capítulo específico sobre el género testimonial y ensayístico en el que sobresale el abordaje del volumen *Adiós muchachos (Memoria de la Revolución Sandinista)*, publicado en 1999.

De uno a otro texto y en un lapso que ocupa casi un siglo, Diana Moro demuestra cómo la figura de Rubén Darío ofreció una matriz simbólica para la legitimación de los más variados procesos culturales y políticos en el país centroamericano. Su libro desmonta y exhibe los procedimientos discursivos que hicieron posible estas apropiaciones. El resultado es una investigación innovadora sobre la literatura nicaragüense y latinoamericana que registra pocos antecedentes críticos y posee, en consecuencia, un valorable potencial heurístico. Sus hipótesis y argumentos exceden los límites de una literatura na-

cional y avanzan sobre los procesos de religación inherentes a la literatura latinoamericana. En esta perspectiva abarcadora de los procesos culturales de la región, se reconoce el halo crítico de Susana Zanetti, directora de la tesis que dio origen al libro reseñado. La imagen de su historia de la lectura en América Latina aparece, como dedicatoria subliminal, en la tapa de este volumen y configura, desde allí, un valioso indicio sobre las continuidades e intersecciones de los legados críticos.

GRACIELA SALTO

(UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PAMPA,
CONICET)

Juan Carlos Rocha Osornio: *El espacio torcido: la narrativa mexicana de temática homosexual masculina (1977-1997)*. Madrid: Verbum 2015 (Colección Ensayo). 250 páginas.

La fórmula adoptada por el profesor Juan Carlos Rocha Osornio para abrir la Introducción de este trabajo sorprende por su naturaleza íntima. En ella se describen con arrebatamiento su experiencia como homosexual en un ambiente familiar adverso, un penoso entorno social en la escuela que potenció su miedo irracional al contagio del VIH y el exilio final a Estados Unidos al concluir sus estudios secundarios. Aunque pueda parecer un modo en exceso subjetivo de comenzar un examen crítico que se pretenda riguroso, lo cierto es que este gesto ayuda a comprender el interés de gran parte de la literatura que el autor reúne en este volumen articulado en cuatro capítulos, precedidos por una Introducción, seguidos de unas bre-

ves Conclusiones y una ajustada Bibliografía. A través de estas secciones, Rocha Osornio explora diversos procedimientos de formación de lo que él denomina el “espacio torcido” de la narrativa a lo largo de las tres últimas décadas del siglo xx, es decir, las fórmulas de constitución de “una identidad propia que le permite a los personajes homosexuales (asumidos y no asumidos) afrontar sus vidas de una forma más llevadera, ecuánime, para escapar del rigor y el desprecio de la sociedad” (p. 33).

El “Capítulo 1” comienza con un breve pero esclarecedor repaso por la historia de las prácticas homosexuales en México desde las crónicas de Indias hasta las vanguardias de los años veinte; y en especial, del grupo de los Contemporáneos, cuyos integrantes, pese a la homofobia reinante en el contexto cultural de la época, combatieron por primera vez el estereotipo del macho mexicano e inauguraron una cadena de homotexualidades que llega hasta nuestros días. A continuación, el capítulo concentra sus esfuerzos en el análisis de dos novelas del escritor Raúl Rodríguez Cetina: *El desconocido* (1977) y *El pasado me condena* (2009), aparecida el año de su fallecimiento.

Antes de explorar ambas narraciones, Rocha Osornio singulariza la escritura de Rodríguez Cetina en el contexto de un período ulterior al movimiento estudiantil de 1968, los Disturbios de Stonewall de 1969 y el surgimiento del Gay Liberation Movement, etapa en que la narrativa mexicana “cambia radicalmente para dar paso a la diversidad del espacio gay” (p. 47). En este sentido, el investigador contraviene taxativamente las declaraciones de algunos escritores mexicanos como José Joaquín Blanco o Luis Zapata, quie-

nes disienten de la necesidad de hablar de una “identidad gay” inherente a su literatura. Por el contrario, esta obra proyecta un mensaje de aliento a la “comunidad homosexual” para incentivar el consumo de una literatura que “rescata las raíces de su propia tradición; [las] mismas que se extienden desde las antiguas civilizaciones gloriosas del pasado hasta el presente” (p. 52). Un discurso afirmativo sobre la existencia de una “identidad gay” que, en ocasiones, evidencia ciertas discrepancias con la ubicación de estos mismos autores en un período social y cultural caracterizado justamente por la diversidad. Por otro lado, el conocimiento de las fuentes bibliográficas que despliega esta pesquisa, apropiado para el campo crítico en el que se desarrolla el análisis, no exime de algunas mínimas inconsistencias en el citado de los autores más clásicos como Michel Foucault, Eve Kosofsky Sedgwick o Zygmunt Bauman, quienes, aunque en su mayoría aparecen recogidos en la Bibliografía final, en ocasiones son referidos a través de otros críticos, sin opacar, empero, la destreza y oportunidad de su uso.

Desde este planteamiento, en cuanto a la observación de las novelas de Rodríguez Cetina, Rocha Osornio destaca como su cualidad más notable para la formación del “espacio torcido” el factor autobiográfico que las constituye y que permite representar un país sumido en las tensiones “entre tradición y modernidad, entre la entrada y la salida del clóset” (pp. 34-35). Ambas obras, por lo tanto, desde la experiencia individual de Rodríguez Cetina, plantearían un modelo analítico de las relaciones sociales y sexuales homoeróticas que colinda con la experiencia del trauma fruto de estas tensiones que se

resuelven en machismo, homofobia, represión y violencia.

Por un lado, *El desconocido*, apunta el investigador, plantearía un debate sobre la preponderancia y el constreñimiento ejercidos por la figura del macho mexicano como modelo único de masculinidad, pero también como máscara que permite ocultar homosexualidades reprimidas gracias a la exacerbación de sus rasgos inherentes. Aun así, la novela se abriría a la posibilidad de construir, a partir del ejercicio de la prostitución masculina del personaje de Anlio, un “espacio torcido” que “asesta también un duro golpe a los convencionalismos que promueve la sociedad heteronormada” (p. 62). Por otro lado, *El pasado me condena* combatiría el trauma de una sexualidad no asumida a partir de un pacto autobiográfico que problematiza a través de sus personajes la viabilidad de construir este “espacio” ante “la carente falta de atención política desde el vértice de la propia comunidad gay” (p. 85).

El “Capítulo 2”, focalizado en el estudio de la novela *Melodrama* (1983) de Luis Zapata, presenta esta obra como hito del segundo ciclo del proceso de construcción del “espacio torcido”, una etapa “de solidificación (o de placer) a partir del contexto social de la época y la apertura que conlleva implícita” (p. 94). Para situar la producción del mexicano, Rocha Osornio traza una panorámica de los procesos de maduración de esta narrativa en el contexto del auge de la militancia a través de la creación de diversos grupos como el Frente Homosexual de Acción Revolucionaria (FHAR), ubicando a este autor como antecedente y primer representante de “la época dorada de la novela mexicana de temática homosexual, debi-

do al tratamiento rosa que Zapata ejerce sobre el tema” (p. 99).

En efecto, el “tratamiento rosa” de *Melodrama* constituye su mejor arma de discusión sobre el estado de la narrativa en el contexto social del país a principios de los años ochenta. En este nuevo “espacio torcido” heterogéneo, el escritor arma una parodia del “drama homosexual” que “al adueñarse de códigos y espacios –estilos de vida inventados y difundidos por países del primer mundo–, [...] produce en la comunidad gay un sentido de pertenencia en el que sus miembros se sienten por primera vez libres” (p. 111); tesis reforzada por la presencia del “bar gay” como medio de sociabilidad que alienta el desarrollo de relaciones homosociales más tolerantes.

Si el análisis de la transgresión del género y la creación de una dimensión alternativa genera un acuerdo inmediato, Rocha Osornio se muestra polémico en este capítulo al considerar que uno de los aspectos más relevantes de *Melodrama* es la descentralización de un falso acuerdo que presume que “sólo en Estados Unidos o en los países del ‘Primer Mundo’ se puede aspirar a una verdadera identidad gay” (p. 104). La cuestión planteada, que podría estar haciendo referencia tanto a los derechos civiles como a las condiciones morales, culturales y sociales de la homosexualidad en México, no llega a concretarse a lo largo de este trabajo debido al uso reiterado de un concepto tan amplio y a la vez ambiguo como es la “identidad gay” en un momento de escritura que paradójicamente se abriga en la diversidad.

El investigador, pues, parece esparanzado en la potencialidad de “lo gay” como motor de liberación “para combatir

el estigma asociado a los individuos que asumían el rol pasivo en sus contactos íntimos, y que desde tiempos inmemoriales ha servido como fuente principal de la homofobia” (p. 129). Quizá, por ello, sea más justo admitir que este trabajo se inclina hacia la función de una literatura al servicio del cuerpo social antes que hacia la lectura de la narrativa mexicana en clave crítica, aunque ambas líneas constituyan inseparablemente los dos polos del debate sostenido en este volumen.

El “Capítulo 3” irrumpe de lleno en la crisis desatada por la llegada y proliferación exponencial de casos de infectados por VIH desde mediados de la década de los ochenta. A través de la novela *Salón de belleza* (1994) de Mario Bellatin, Rocha Osornio se dedica con notable agudeza al análisis de las comunidades de apoyo formadas alrededor de afectados por el sida en México y al florecimiento aparejado de “un marco de oportunidad para sacar a la luz los derechos de los gays” (p. 176).

En primer lugar, el crítico pasa revista al modo en que el sida llegó a México y se asumió como una condición propia de las prácticas homosexuales, lo que precipitó el silencio inicial del gobierno mexicano, la ignorancia de los medios de comunicación y la colaboración de la ciencia y la Iglesia para controlar el desarrollo de la conducta sexual del ciudadano. A continuación, Rocha Osornio bosqueja la situación de finales de la década de los ochenta enfatizando la formación de asociaciones civiles como el FONSIDA, encargadas, entre otras tareas, de ayudar con el suministro de antirretrovirales a los pacientes de sida. Incluso, retomando el “espacio torcido” del bar explorado con anterioridad, el autor recuerda el sur-

gimimiento de locales como El Taller o El Vaquero donde, además del consumo de bebidas, se discutía sobre el tratamiento del sida por parte del Estado, la medicina y los medios de comunicación.

Seguidamente, el capítulo conecta cada uno de estos componentes con la novela de Mario Bellatin. Así, *Salón de belleza* plantearía un debate acerca del uso del sida como pretexto para ejercer el control sobre la sexualidad, de modo que la inclusión de este elemento en la narrativa mexicana de temática homosexual problematizaría la violencia ejercida por el Estado y la sociedad sobre las prácticas sexuales homoeróticas, doblemente castigadas (p. 149). Por consiguiente, Rocha Osornio considera cabalmente el “espacio torcido” del Moridero, alojamiento que se construye en la trama para alojar a los afectados, como una dimensión también aquejada por dos instancias opuestas: si “el valor con el que la comunidad gay se enfrentó a la pandemia del SIDA constituye el ejemplo más palpable de que la unión hace la fuerza” (p. 156), la necesidad del Moridero, y por tanto la “decisión de ponerle fin a su vida social [...] nos habla de un mal que impone una alta cuota sobre el manejo del cuerpo y, por ende, de la sexualidad” (p. 157). Así, este trabajo reflexiona a continuación sobre el efecto psicológico de la melancolía como el producto de una dura disciplina resultante de la combinación del peso del tratamiento médico y las condiciones emocionales del paciente.

En último lugar, Rocha Osornio rescata del olvido de la crítica académica en el “Capítulo 4” la obra del escritor Gerardo Guiza Lemus a través de su novela *Quizás no entendí* (1997), que constata el

retroceso del curso natural de las nuevas reivindicaciones de derechos que el sida había puesto en marcha. A través de un pacto autobiográfico, Guiza Lemus asocia una vez más literatura y represión sexual condicionado por los abusos reiterados de su padre, y da cuenta de la trascendencia que aún se aloja en el machismo como estrategia de ocultación de homosexualidades no asumidas. Como hasta ahora, el investigador reabre la polémica al plantear una cuestión pertinente para algunos pero ofrecida con escasa concreción; una pregunta que alude a la posibilidad de que detrás de la insistencia temática en el machismo se oculte “una señal de retroceso que imposibilita la creación de un corpus completamente gay” (p. 183). No se explicita, en cambio, las características o la utilidad que este corpus habría de tener en el caso de que pudiera ser concebido en el contexto de una multiplicidad con tan variados matices y contradicciones.

Por consiguiente, no es de extrañar que el crítico se interese por una ficción como *Quizás no entendí*, que trabaja con la posibilidad de concebir “las relaciones de pareja entre varones [...] en un intento por ofrecer una respuesta al por qué suelen existir obstáculos en el terreno que implica la formación de emparejamientos duraderos” (p. 178). La deducción del crítico sobre los avatares de una obra en la que sus personajes invierten los roles tradicionales del pervertidor y el sujeto pasivo, sitúa la novela y el espacio social mexicano en la certidumbre de un fracaso de estas relaciones por culpa de la influencia del machismo, la homofobia internalizada en el país y la falta de reconocimiento político que hace perdurar los estereotipos negativos de la homosexua-

lidad anteriores al período 1968-1969. A través de diversos elementos presentes en la narrativa de Guiza Lemus, se evidenciaría, por un lado, la contradicción de los homosexuales que privilegian el mismo sistema patriarcal del que desean huir y, por el otro, criticaría frontalmente la esterilidad de la reproducción simétrica de los fundamentos constituyentes de las relaciones heteronormativas por parte de los homosexuales.

Para concluir, podría afirmarse que la investigación del profesor Juan Carlos Rocha Osornio se ocupa de las grandes áreas temáticas en las que se ha desarrollado tradicionalmente la literatura homosexual masculina, lo que sin lugar a dudas garantiza un acercamiento cabal y abarcador del panorama de la narrativa mexicana de finales del siglo xx. Este criterio queda reflejado, a su vez, en la selección de autores cuya fortuna para el gran público y la crítica literaria ha sido caprichosa. Además, este trabajo goza de una remarcable coherencia interna respecto de sus dos propósitos iniciales: la cartografía de los procedimientos de formación del “espacio torcido” de la literatura mexicana y la incentivación del consumo de estas obras. Si el examen trazado por Rocha Osornio cierra el período finisecular con el sabor de un fracaso —la pervivencia de viejos estereotipos y anhelos incongruentes con el reconocimiento de nuevos derechos—, no es menos cierto que este volumen supone un buen punto de arranque para retomar el debate sobre la homosexualidad y sus modos de representación en la literatura y la vida.

JOSÉ ANTONIO PANIAGUA GARCÍA
(UNIVERSIDAD DE SALAMANCA)

Óscar Caeiro: *Literatura argentina comparada*. Córdoba: Alción Editora 2015. 350 páginas.

El trabajo de investigación de Óscar Caeiro es, ante todo, la celebración de una disciplina que el autor maneja con notable maestría, fruto de una continuada labor de más de medio siglo: la literatura comparada. La recopilación de textos críticos que se presenta en este volumen, cubriendo el dilatado arco temporal comprendido entre los años 1969 y 2011, comienza con un homenaje a la figura de Nicolás Jorge Dornheim, cuya obra estableció un espacio de comparatismo europeo y latinoamericano que acercó ambas orillas del Atlántico. Seguidamente, la introducción pasa revista de manera esquemática a algunos hitos de esta ciencia (Goethe, Ernst Robert Curtius, George Steiner) para destacar como principio rector que “El análisis comparativo revela tanto las virtudes de lo recibido cuanto las diseminaciones creadoras de la recepción” (p. 22). Sin embargo, los procesos que acaparan el protagonismo en la mayoría de los textos compilados son aquellos que muestran la asimilación de la cultura europea en las letras argentinas, y no al contrario. Por último, en el apartado de comparaciones conjuntas, Caeiro defiende su perspectiva desde una imagen tradicional en el pensamiento crítico sobre América Latina que identifica esta área cultural y sociopolítica con “la conciencia viva de que existen e importan otras culturas”, además de la propia (p. 25); es decir, que la interculturalidad “Se trata, pues, de una constante latinoamericana” (p. 28).

Tras esta sección introductoria, el investigador dispone un bloque inicial

de textos que estudian el curso de la recepción en Argentina de obras y autores españoles y alemanes. Los dos primeros trabajos analizan la influencia de Miguel de Unamuno en la conformación del concepto de originalidad de la literatura argentina, y las réplicas que algunos autores como José Enrique Rodó, Leopoldo Lugones o Jorge Luis Borges formularon acerca de su *Vida de Don Quijote y Sancho*, dando pie a la creación de redes de interpretación sobre la obra de Cervantes. A continuación, Caeiro hace hincapié en la recepción del pensamiento de Arthur Schopenhauer en la escritura de Rubén Darío, Eugenio Cambaceres, Juan Agustín García, Macedonio Fernández y Jorge Luis Borges. En este capítulo se pone de relieve el interés del filósofo alemán por su contribución “a que los escritores argentinos dieran en su literatura un lugar a la dimensión metafísica” y se vinculasen “con la especialidad genérica de la narrativa fantástica” (pp. 55-56). Como puede deducirse de la heterogénea nómina de autores mencionada, uno de los logros de este trabajo es su extraordinaria ampliación del campo de los estudios de la recepción literaria argentina de los siglos XIX y XX.

Más adelante, Óscar Caeiro analiza en dos ensayos la recepción de la figura de Johann Wolfgang von Goethe y de su obra cumbre, *Fausto*. En el primero de ellos, el análisis comprende las obras de José Enrique Rodó, Pedro Henríquez Ureña, las revistas *Nosotros* y *Sur*, y la influencia que ejercieron algunos autores que, habiendo asimilado la literatura de Goethe, fueron leídos en Argentina, como ocurrió con José Ortega y Gasset o Benedetto Croce, sin olvidar otros escritores y críticos que

se acercaron a la obra del maestro alemán, entre ellos Arturo Marasso, Rafael Alberto Arrieta o Jorge Luis Borges. El segundo de los textos sobre Goethe, dedicado a *Fausto*, analiza la influencia de este personaje en la obra de Joaquín V. González, Esteban Echeverría, Estanislao de Campo, Julio Ardiles Gray y Rodolfo Modern, para concluir que la asimilación del mito construido por el autor alemán es palpable “sobre todo al tratar los relatos agrupados en torno a nociones como lo maravilloso, la magia, el problema del mal, el imaginario del diablo” (p. 91). No obstante, debido a la falta de especificidad de un criterio unificador que determine las diferencias entre asimilación y mera cita, algunas de las referencias intertextuales localizadas por el investigador podrían ser discutidas en extenso.

Los dos trabajos restantes de este primer bloque se relacionan con la literatura y el pensamiento de Friedrich Nietzsche. Por un lado, Caeiro inspecciona el motivo del “eterno retorno” en la literatura argentina a través de las obras de Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares y Ernesto Sábato. El segundo capítulo dedicado al pensador alemán, que cifra la entrada de Nietzsche en Argentina “con el ingreso de corrientes inmigratorias procedentes de países de idioma alemán por las primeras décadas del siglo xx” (p. 94), continúa con una presentación que engloba la revista *Nosotros* y novelas de autores como Florencio Sánchez, Mariano Antonio Berrenechea, Roberto J. Payró y Ezequiel Martínez Estrada.

A partir este momento, comienza otro grupo más numeroso de textos críticos cuyas áreas temáticas están organizadas en función de los autores argentinos, y no

de los escritores extranjeros. El primero de los referentes es Vicente López y Planes, del que Caeiro estudia la influencia de las fuentes clásicas y, en particular, de la *Eneida*, en la construcción del modelo patrio, tanto en lo referente a los motivos literarios como a nivel estructural, denotando el debilitamiento de la raíz hispánica en favor de la latina. A continuación, la obra de Esteban Echeverría es analizada en dos estudios en los que se alude a la influencia de Goethe y su *Fausto* en *Elvira o la novia del Plata*, *Los consuelos* y otras composiciones, como *Mefistófeles*. En estos exámenes, los más remotos en la línea cronológica, es evidente su encendida defensa de los rasgos de originalidad del arte argentino en las relecturas y apropiaciones que llevan a cabo los autores nacionales.

Seguidamente, el investigador dedica cinco trabajos a la obra de Domingo Faustino Sarmiento. En líneas generales, este corpus indaga en la relación de la literatura del escritor argentino con el sustrato cultural clásico. Figuras y motivos de la talla de Hércules, Cicerón, el laberinto, los centauros o el mito como género comparecen en su obra con notable frecuencia. En este sentido, después de observar algunas de las concomitancias entre la producción de Sarmiento y la obra de Plutarco *Vidas paralelas*, Caeiro concluye que la recepción de las fuentes clásicas debe interpretarse “como una manera de ‘ser algo’, de superar la estrechez o la caducidad. Frente a la realidad precaria, el mundo antiguo y sus hazañas aparecen como un modelo de compensación” (p. 164). En el siguiente estudio, el espectro de recepción se amplía a las Sagradas Escrituras a través de la utilización que Sarmiento hizo del latín, siempre al servicio

de intereses nacionales y personales. Es por esto por lo que la epopeya y la historiografía latinas le permiten actuar con “un instrumental para describir y criticar los procederés tiránicos” (p. 180). De ahí, además, su profundo humanismo, que reflejó en obras como *Viajes* (1849), *Educación popular* (1849) y *Educación común* (1856). La conclusión de estos análisis acerca al lector a la constatación del uso de las fuentes clásicas como un acto “consciente de la universalidad de esos contenidos” (p. 188). Debido a la considerable exhaustividad del trabajo dedicado a la literatura de este escritor, es notable que existe en todo el conjunto una recurrencia de motivos y temas que se reiteran en varios de los capítulos, lo que compromete, en más de una ocasión, la lectura fluida de los textos.

A continuación, un ensayo consagrado al poema narrativo *Martín Fierro* de José Hernández señala su recepción del pasado cultural latino como un fenómeno al servicio de intereses de una idea particular de nación, en la que las *Vidas de varones ilustres* de Plutarco y una carta de san Jerónimo funcionan como autoridades sobre las desigualdades que el Derecho y la Justicia imprimen en la sociedad. Tras este breve capítulo, Caeiro se dedica plenamente a la obra de Leopoldo Lugones, retomando algunas ideas expresadas en el primer bloque. El ensayo inicial se encarga de los procesos de recepción, acuerdo y distanciamiento de su literatura con el pensamiento de Nietzsche, objetivo del que surge una obra segmentada en tres partes: el período de lectura indirecta, a través de otras fuentes, en el que se reafirma en el carácter monstruoso y cruel del ser humano; una segunda etapa, que

comienza con la publicación de *Prometeo* (1910), caracterizada por la concesión a partes iguales de crédito y descrédito a la filosofía del pensador alemán; y, por último, un segmento final, a partir de 1931, en el que Lugones empatiza con la religión cristiana y, por lo tanto, no vuelve a revelar una deuda tan grande como la que adquirió entre los años 1910 y 1930 con el autor de *La genealogía de la moral*.

El segundo estudio explora la producción de Leopoldo Lugones y sus relaciones con *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, en obras como *Lunario sentimental* o *El Payador*. Pese al evidente provecho de estos análisis, se percibe en ellos un exceso de entusiasmo por la escritura del autor, apasionamiento que parece estar detrás de algunos enunciados de notable subjetividad en los que predomina el gusto individual del lector. La última de sus observaciones se complementa con el trabajo precedente concentrado en la influencia de Nietzsche, ya que se aborda la relación de Lugones con las Sagradas Escrituras, afinidad que aumenta cuanto menor sea su inclinación hacia el filósofo alemán.

Más adelante, el volumen recoge dos ensayos dedicados a Alberto Gerchunoff y Arturo Marasso. El primero de ellos compara *Los gauchos judíos* (1910) con la obra *Job* (1930), de Joseph Roth, fijando la atención en el elemento religioso a través de múltiples relaciones intertextuales con la tradición, sin perder de vista sus diferencias determinadas por el contexto de producción latinoamericano y europeo. El ensayo destinado a Marasso, por otra parte, indaga en su obra de crítica literaria sobre diversos autores hispánicos (Rubén Darío, fray Luis de León, san Juan de la

Cruz, Miguel de Cervantes, etc.). Sin embargo, hay que destacar que se trata de un capítulo en el que apenas se construyen operaciones comparativas o estas aparecen como menciones y no como análisis profundos.

Caeiro dedica los seis ensayos siguientes a la obra de Jorge Luis Borges. Las influencias y procesos de recepción estudiados comprenden un amplio registro de tradiciones culturales. Por un lado, la *Divina Comedia* y los escritos de Sarmiento sobre la muerte de Laprida como susstratos del “Poema conjetural”. En segundo lugar, el pensamiento y la estructura genérica epigramática de Angelus Silesius, que le permiten hablar del lenguaje como “creación estética”, y asumir que “la belleza está acechándonos por todas partes y, por lo tanto solo hace falta tener sensibilidad para percibirla” (p. 267). Otro de los motivos examinados es el del sueño en Schopenhauer y Kafka, y sus concomitancias y distanciamientos con la producción de Borges, esta vez en relación al destino individual del hombre. Seguidamente, Caeiro alude a la relación del autor argentino con Kafka a través de la traducción ejecutada por el primero como un ejercicio de crítica literaria que acentúa los elementos de horror y desdicha presentes en la escritura del autor judío. El estudio correlativo aborda, frente al enfoque general del volumen, la presencia de Borges en la obra de Michael Ende. A partir de una panorámica que explora el modo en que se inserta lo fantástico en la literatura de Alemania y el escritor argentino es recibido por el público de aquel país, el investigador desentraña la presencia de *El Aleph*, *El hacedor* y *Ficciones* en la narrativa breve de Ende. Finalmente, el trabajo

dedicado a Borges y Heine evidencia las semejanzas entre ambos autores en lo que se refiere a la idea de libertad y la metáfora de la ironía de los actos de Dios.

Los tres últimos estudios se aproximan a la obra de Ernesto Sábato, Roberto Juarroz y Abelardo Castillo. Con respecto al primero, Heine vuelve a protagonizar el extremo de la comparación, esta vez para afirmar que sus convergencias son el producto de la asimilación de un alto número de tradiciones culturales semejantes, no de la lectura directa de la producción del escritor alemán. En el ensayo sobre Juarroz, Caeiro señala algunas influencias que apuntan a autores como Novalis (lo absoluto de la poesía y la poesía como religión original), Rainer Maria Rilke (la experiencia vital), Nietzsche (Dios como búsqueda y naturaleza metafísica de la poesía) o Heidegger (contradicciones, autocorrecciones). Finalmente, *Crónica de un iniciado* (1991), de Abelardo Castillo y *Doktor Faustus* (1947), de Thomas Mann, se reconcilian en el último trabajo de este volumen como obras que son el reflejo del “nihilismo de la época, pero también de la decisión de proceder a una crítica implacable” (p. 332), asociada con el pensamiento de Nietzsche.

La investigación de Óscar Caeiro concluye como comenzó, acordando un principio disciplinar que determina que la literatura comparada es “empatía, afectiva, emotiva, en una realidad ajena” (p. 336). Desde este planteamiento, tras reiterar algunas de las ideas más importantes del libro, se destina un último texto a la producción cordobesa y a la influencia alemana que revelan algunos autores de la región: Arturo Capdevilla (Nietzsche y Sarmiento); Ulises Petit de Murat (Tho-

mas Mann); Enrique Luis Revol y Santiago Montserrat (Kafka), o Alejandro Nicotra (Rilke). La prolijidad de nombres y obras que se refleja en la mayor parte de los trabajos de este volumen confirma su carácter didáctico, lo que justifica la ausencia de un marco histórico demasiado amplio que distraiga del propósito inicial de su autor. Por lo tanto, esta investigación funciona, aunque no exclusivamente, como un catálogo o guía de consulta de las conexiones entre mundos literarios transatlánticos. En último término, el volumen se cierra con un apartado dedicado a compilar las numerosísimas referencias bibliográficas de su autoría que han ayudado en la confección de estos análisis. Una obra tan heterogénea y, sin embargo, engarzada por un motivo armónico: la celebración de la maestría que Caeiro exhibe como resultado de décadas de consagración a la ciencia literaria.

JOSÉ ANTONIO PANIAGUA GARCÍA
(UNIVERSIDAD DE SALAMANCA)

Gabriela Polit Dueñas: *Narrating Narcos: Culiacán and Medellín*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press 2013 (Illuminations: Cultural Formations of the Americas). 224 páginas.

Es común afirmar que lo narco ha reemplazado al realismo mágico y a la novela del dictador como nuevo paradigma de las letras hispanoamericanas propagado por una industria editorial en busca de exotismo y color local. En *Narrating Narcos*, la crítica literaria ecuatoriana Gabriela Polit Dueñas, que trabaja como profesora de la Universidad de Texas en

Austin, se propone ir más allá de los estereotipos temático-narrativos e ideológicos en torno al narcotráfico y cierta literatura efectista o costumbrista favorecida por la mercadotecnia editorial al tomar en cuenta el impacto del fenómeno en el tejido social y en el imaginario colectivo, así como la importancia de las tradiciones narrativas locales. En su libro anterior, *Cosas de hombres* (2008), Polit Dueñas analiza diferentes encarnaciones del caudillo a lo largo del siglo xx, y si bien hay muchas semejanzas entre el personaje del caudillo y el capo, sobre todo en términos de construcción de masculinidad, la autora no se centra únicamente en la figura de superhombres valientes y violentos en *Narrating Narcos*, sino en lo narco como un fenómeno cultural más difuso que afecta a todas las capas de la sociedad.

Más específicamente, Polit Dueñas indaga en la representación cultural del tráfico de drogas ilegales en América Latina mediante un estudio comparativo de narrativas pertenecientes a diferentes medios y géneros discursivos que transcurren en dos lugares de tensiones: el mundo semirrural de Culiacán (la cuna del Cártel de Sinaloa y el epicentro de la guerra contra el narco declarada por el ex presidente Felipe Calderón), y la cultura urbana de Medellín (la capital del departamento colombiano de Antioquia). El heterogéneo corpus de narconarrativas estudiadas por Polit Dueñas incluye crónicas, fotografía y pintura, así como novelas alegóricas o policíacas de autores como Héctor Abad Faciolince, Darío Jaramillo Agudelo o Élmer Mendoza. La autora no se limita a estudiar la producción artística generada por el narcotráfico, sino que complementa este enfoque al rastrear la narco-

cultura en su dimensión antropológica y sociológica. Inspirándose en la teoría de los campos de Pierre Bourdieu, la autora ha llevado a cabo un trabajo de etnografía en las calles de Medellín y Culiacán al entrevistar a numerosos artistas, editores, periodistas y otros agentes culturales. De esta manera, no solo examina cómo se codifica la narcoviencia en la literatura y cómo los narradores locales transforman la literatura en un discurso de memoria, sino también cómo se vive a diario en estas dos localidades emblemáticas del narcotráfico en América Latina.

Como lo demuestran el narcoturismo en torno a la figura de Pablo Escobar y la “marca” Chapo Guzmán, cuya efigie se ve plasmada en camisetas y llaveros, la fama de los capos se eleva hasta la altura de las estrellas de cine. Si bien es cierto que los cárteles de drogas operan como empresas multinacionales y que el consumo masivo de la narcoficción es un indicio de la globalización *massmediática*, Polit Dueñas arguye que las expresiones culturales en las que se enfoca solo pueden entenderse a fondo si se toma en cuenta la tradición *local* en la que está anclada la obra de los artistas paisas y culichis. En esto reside precisamente la fuerza de la aproximación de Polit Dueñas: la autora procede a una contextualización pormenorizada para desentrañar el imaginario cultural de ambas regiones. Por medio de las conversaciones que entabla con artistas y periodistas locales, Polit Dueñas logra arrojar luz sobre la normalización del tráfico ilegal y la oleada de violencia que este genera, así como la memoria compartida y las experiencias vividas que dan lugar a narconarrativas en diferentes medios. De esta manera complementa la perspectiva

de otros estudiosos que consideran la narcoviencia como un efecto lateral, aunque devastador, del neoliberalismo.

Aunque Polit Dueñas no adopta un enfoque empírico ni sociocrítico, se centra a menudo en la recepción local de éxitos comerciales como *La Reina del Sur* (2002) del escritor español Arturo Pérez-Reverte, que fue el punto de arranque de un *miniboom* de narcoliteratura en México y que refuerza una imagen proyectada desde fuera. Contrariamente a los narcocorridos y ciertas teleseries, que suelen consolidar el mito del narcotraficante como bandido social o benefactor de los pobres y sobresimplifican la complicidad de ciertos sectores sociales, las expresiones culturales locales que estudia Polit Dueñas despliegan diferentes recursos para contrarrestar y complejizar el discurso hegemónico oficial, que califica de maniqueo y criminalizador. Al advertir contra el peligro de hacer de las víctimas actores pasivos y de estigmatizar los barrios pobres, la autora explora la tensión entre estética y ética y, al igual que Hermann Herlinghaus, conceptualiza la violencia como un problema cultural y hasta filosófico.

Mientras que la prensa internacional tiende a equiparar la situación de ambos países —llegando incluso a hablar de una “colombianización” de México—, la mirada local de Polit Dueñas demuestra que este paralelismo no está del todo justificado. A pesar de que tanto en Sinaloa como en Antioquia, el comercio ilegal de contrabando se ha desarrollado hasta convertirse en una empresa transnacional cuyos trabajos de caridad pretenden reemplazar un Estado que no cumple con sus obligaciones, Polit Dueñas no deja de insistir

en que la genealogía de la violencia es radicalmente distinta: los desplazamientos forzados, las aspiraciones políticas de Es-cobar, el narco-paramilitarismo y las guerrillas son tan solo algunos de los factores que hacen que la situación sea completamente diferente en Colombia que en México. Al señalar estas diferencias históricas y las idiosincrasias locales, el libro va en contra de una visión homogeneizadora de la narcoliteratura latinoamericana.

En sus análisis meticulosos del impacto del narcotráfico en la producción cultural, Polit Dueñas presta una atención particular al uso de un lenguaje coloquial y de estereotipos lingüísticos (por ejemplo el *parlache*, que en ocasiones estigmatiza a las clases sociales bajas por la identificación con el argot de los narcotraficantes y se ve como un indicio de una movilidad social indeseada), así como a la cuestión del género, al destacar en la obra de Fernando Vallejo la hipersexualización de la figura del sicario, que le resta importancia al papel del delincuente de cuello blanco y relega la complicidad de la alta clase a un segundo plano. En vez de llevar a cabo un análisis discursivo de la narcopropaganda o de la autorrepresentación de los narcos, la autora da testimonio de un trabajo de campo que permite entender mejor las dinámicas de los campos culturales locales. Sin tono moralizador, Polit Dueñas examina la cotidianidad de los sinaloenses y medellinenses en su confrontación con los efectos perversos del narco como la interiorización de la violencia, la distorsión de valores tradicionales o la transformación de su concepción del mundo, sin reducir la cultura a un mero reflejo del fenómeno. En varias ocasiones, la autora remite a la importancia de reconocer y

subvertir los modelos que se afianzan en la memoria colectiva en torno a lo narco, sin por lo tanto definir los diferentes estereotipos que los integran. Asimismo, el volumen se presenta sobre todo como un compendio de artículos sueltos sobre las costumbres y los reflejos culturales en dos micromundos a primera vista desconectados, sin poner de relieve las negociaciones entre ambas culturas. O sea, Polit Dueñas no llega a estudiar la transnacionalización del imaginario sobre el narco, tal como se evidencia en las coproducciones colombo-mexicanas de narcodramas, los narcocorridos crudos del Movimiento Alterado proveniente de Los Ángeles y la apropiación de iconos típicamente mexicanos como la Santa Muerte o Jesús Malverde por narcos colombianos. No obstante, su perspectiva microscópica es un paso imprescindible para entender los diferentes engranajes de esta industria cultural que constituye lo “narco global”.

REINDERT DHONDT
(UNIVERSITEIT UTRECHT)

Susanne Klengel / Alexandra Ortiz Wallner: *Sur ↓ South: Poetics and Politics of Thinking Latin America / India*. Madrid / Frankfurt a. M.: Iberoamericana / Vervuert 2016 (Bibliotheca Ibero-Americana, 163). 316 páginas.

Desde que Edward Said publicara su famoso libro *Orientalism* en la década del setenta, el mundo ha cambiado aceleradamente al terminarse “oficialmente” la Guerra Fría. Las simples dicotomías como norte-sur, centro-periferia, que, incluso, alcanzaron el mundo acadé-

mico, son cuestionadas hoy día por modelos más dinámicos, transversales y dialógicos, modelos que pongan en contacto y relación espacios segregados y excluidos de la conversación global. Y precisamente, al proponer este modelo, puede leerse (de manera inversa), qué tan influyente siguen siendo todavía las viejas prácticas intelectuales, porque es necesaria la reflexión sobre si este modelo Sur-South podría ser el camino de salida de aquella dañina herencia, que es asociada (para los estudios críticos coloniales o postcoloniales) solo o casi a conquistas, invasiones y guerras que van del norte al sur. En efecto, a las autoras de esta antología les preocupa ver la circulación y transferencias de ideas en el contexto de las “modernidades plurales”, dando a entender así que las viejas dicotomías son obsoletas para entender la compleja y contradictoria globalización. Lo ideal, por otra parte, sería un modelo que rompiera todas las coordenadas geográficas, territoriales y euclidianas o, mejor dicho, un modelo dialógico global, sin fronteras o coordenadas territoriales que crucen las construcciones teóricas y culturales. Y, en este sentido, las autoras discuten ese modelo de la diferencia, de lo Uno y de lo Otro, un modelo clásico de lo postcolonial, la “diferencia colonial” y de los estudios de área, y la “similitud” (Bhatti, Kimmich), modelo este que debe ser acompañado por un trabajo de “equipo pluricultural”, un modelo que espera encontrar un tipo de diálogo horizontal que no ha sido posible en la relación norte-sur por dominar las relaciones asimétricas de poder, una estructura que sigue vigente hasta hoy y que no deja de tener consecuencias graves en la

política, lo cultural y lo humano. Es una antología, cuyo espíritu global, sur global, se ve proyectado en todos y cada uno de los ensayos, dieciséis en total, que, para mostrarnos este diálogo Sur-South, se organiza desde textos que se ocupan de autores o temas específicos como Gilberto Freyre, Julio Cortázar, Octavio Paz, Pablo Neruda, Rabindranath Tagore y Victoria Ocampo, el modernismo, el cine, la teosofía en Centroamérica, hasta discusiones teóricas planteadas con respecto a la evidente visibilidad global en los últimos treinta años de investigadores como Ranajit Guha, fundador de los estudios subalternos (replicado con matices en América Latina), y la llamada postcolonialidad que ha sido recibida críticamente por los teóricos latinoamericanos de la modernidad-colonialidad. Y esta última tesis no ha pasado tampoco desapercibida por los indios como se muestra en esta antología. De aquí que no deje de ser muy interesante entonces la tesis de Julia A. Kushigian al plantear el “orientalismo hispano” (formulado desde la obra de Severo Sarduy) que, según ella, es una posibilidad de análisis para terminar con aquella metáfora predominante, contra hegemónica y antioccidental, que el Oriente es una construcción de Occidente dirigida a su dominación y explotación. Ella propone esta tesis (que no deja tampoco de ser una metáfora, por cierto) como una propuesta dialógica, horizontal, que está lleno de dudas y preguntas, un orientalismo que permite ver las transferencias e intercambios anteriormente obviados por los análisis derivados de Said. Lo único que lamentamos de esta antología es que no recibió ningún trabajo sobre V.

S. Naipaul, figura altamente polémica, cuyos escritos se articulan entre el Caribe, Asia, África y Europa, pues habría completado el espíritu de este texto que es un excelente aporte de Klengel y Ortiz

Wallner a este diálogo que, seguramente, no termina aquí.

LUIS PULIDO RITTER
(BERLIN)

3. HISTORIA Y CIENCIAS SOCIALES: ESPAÑA Y PORTUGAL

Ricardo Robledo Hernández: *La universidad española, de Ramón Salas a la Guerra Civil. Ilustración, liberalismo y financiación (1770-1936)*. Salamanca: Junta de Castilla y León 2014. 541 páginas.

Los estudios sobre la historia de la universidad española suelen abordarse –y así lo han hecho tradicionalmente– desde una perspectiva eminentemente institucional y que ha privilegiado el estudio de las normas reguladoras –constituciones– de las universidades, sus reglamentos de funcionamiento interno, de acceso a las cátedras y la matrícula. También han sido objeto de estudio –y siguen siéndolo– la naturaleza de los conocimientos impartidos en la universidad, así como sus fundamentos teóricos y las didácticas para el aprendizaje. La tradición de esta investigación parte, fundamentalmente, de las cátedras de Historia del Derecho, que por su denominación genérica de “Historia del Derecho y de las Instituciones” incluyeron el estudio de la universidad entre esas referidas instituciones. Y pese a que ese tratamiento institucional esté ya no solo superado sino, sobre todo, ampliado hacia otros enfoques (vida cotidiana en la universidad, conflictividad estudiantil, investigación y conocimientos universitarios, acceso de las mujeres a

la educación superior...) un aspecto aún poco abordado es el que se refiere a la economía de las universidades. Es decir, a la importancia de su financiación –buena financiación– para que la gestión diaria, sus estrategias de futuro y sus proyectos puedan llevarse a cabo. Esta visión económica de la universidad o, mejor dicho, el situar el foco de sus problemas, discusiones y conflictos en lo económico es precisamente el acierto y la novedad del libro de Ricardo Robledo.

No es la primera vez que el autor –historiador de la economía y experto en historia agraria– se acerca a la historia universitaria y, en buena medida, en esta publicación se recogen gran parte de los avances de su investigación que ya había ido presentando a través de distintas publicaciones. Ya sabíamos de sus trabajos sobre la difusión del pensamiento moderno en la Universidad de Salamanca en el siglo XVIII, de sus conclusiones sobre reformadores y reaccionarios en la misma universidad y, en la misma cronología, de la financiación de la universidad española durante el siglo XIX. Y sabíamos de su dedicación a quien es el protagonista del tiempo que le ocupa, el jurisconsulto Ramón Salas. Según Ricardo Robledo Salas, como representante de la última generación del siglo XVII, la de